

Thilo Sarrazin

Las políticas que nos borrarán del mapa

Nacido en Gera, Alemania, en 1945, Thilo Sarrazin es economista, ex senador de Finanzas de Berlín y ex miembro del consejo del banco central alemán. Con su primer libro, *Deutschland schafft sich ab*, 2010 («Alemania se autodestruye»; literalmente: «Alemania se abole a sí misma»), provocó una controversia nacional cuyo fuego aún no se ha apagado. *Deutschland schafft sich ab* se ha convertido en un superventas, pero también por esa obra Sarrazin ha sido expulsado en julio de 2020 de su partido, el socialista. Estamos ante un ensayo directo, bien escrito y bien documentado. Denuncia la mala política alemana en demografía, en especial por lo que respecta a la inmigración turca, pero también en economía (gastos sociales, por ejemplo) y en educación (caída en picado de la calidad de la enseñanza), que, según Sarrazin, reducirán su país a la insignificancia.



El ex político del SPD Thilo Sarrazin.

Foto: © Wikimedia Commons.

«*¿Alemania se autodestruye?* Qué absurdo temor, podrían pensar muchos, si se contempla a este sólido país en el centro de Europa, con sus 80 millones de habitantes, sus ciudades, industria, automóviles, comercio y cambio, vida y bullicio... Pero un país es lo que es por sus habitantes y por sus tradiciones vivas, espirituales y culturales. Sin los seres humanos sería solo una referencia geográfica. Y, en efecto, los alemanes se están autodestruyendo gradualmente. Una tasa de reproducción neta de 0,7 o menos, como la que hemos tenido durante 40 años, significa que la generación de los nietos será la mitad que la de los abuelos. El número de nacimientos en Alemania pasó de más de 1,3 millones anuales en la primera mitad de la década de los sesenta a 650.000 en 2009. Si esto continúa así —¿y por qué debería cambiar esta tendencia, que dura más de cuatro décadas?—, el número de nacimientos en Alemania será de entre

200.000 y 250.000 dentro de tres generaciones, es decir, en noventa años. Como máximo la mitad de ellos descenderán de la población que vivía en Alemania en 1965.

Los alemanes prácticamente se habrían extinguido. Algunos pueden ver este destino como un castigo justo para un pueblo en el que antaño fueron engendrados los hombres de las SS. Esta es la única manera de explicar la alegría, a veces secreta, a veces diáfana, sobre el desarrollo de la población alemana. Otros se consuelan con el hecho de que incluso un pueblo pequeño puede vivir y sobrevivir, y señalan a Dinamarca con sus aproximadamente cinco millones de habitantes. Alemania sería entonces, en el futuro, una Dinamarca con una superficie mayor. ¿No es también posible? ¿Qué tendría eso de malo? Quizás funcionaría, si no fuera por los cambios demográficos cualitativos más allá de la pura tasa de reproducción neta, así como por la inmigración de la pobreza y la presión sobre la población a través de las fronteras.

No hemos debatido juiciosamente sobre el desarrollo demográfico en Alemania en los últimos cuarenta y cinco años. Los que no nadaban con la corriente de los apaciguadores y de los que quitaban importancia al asunto, los que incluso se mostraban preocupados, pronto tuvieron que percibir la frustración de la soledad y de que se les arrinconara en un extremo político nacionalista. Aparte de eso, el relato social en Alemania resulta extrañamente contradictorio. Por un lado, la discusión pública se caracteriza por el deseo de entretenimiento y el placer de escandalizar; por otro, la conversación se ve progresivamente dominada por los eufemismos de la terminología política:

- Durante décadas no se ha podido decir nada sobre las consecuencias del descenso de la tasa de natalidad, si no se quería caer bajo la sospecha de seguir la ideología nacionalista. Mientras tanto, esto ha cambiado porque la generación de los sesenta y ocho ha empezado a temer por su pensión.

Por un lado, la discusión pública se caracteriza por el deseo de entretenimiento y el placer de escandalizar; por otro, la conversación se ve progresivamente dominada por los eufemismos de la terminología política

Pero ya es demasiado tarde: cuarenta años de retraso.

- Las cargas sociales de una migración descontrolada siempre fueron tabú y ciertamente no se ha permitido tratar que las personas son diferentes —es decir, más o menos dotadas intelectualmente, más o menos perezosas o trabajadoras, más o menos estables desde el punto de vista moral—, y que independientemente de la educación e igualdad de oportunidades que haya, nada cambiará eso. Dado que se negaron estos hechos básicos, cualquier discusión sobre las numerosas disfunciones del Estado de bienestar quedó privada de fundamento. Era tabú debatir de lo siguiente:
 - El 91 por ciento de los estudiantes de secundaria pasan a la educación superior, pero ni siquiera el 10 por ciento de ellos estaría capacitado para seguir el estudio de Matemáticas.
 - Nosotros, como pueblo, perdemos en inteligencia media, puesto que las mujeres más inteligentes traen al mundo menos hijos, si es que traen alguno.

- Cada individuo es responsable de su propio comportamiento, no la sociedad.

«Quien no estudia, no sabrá. Quien come demasiado, engorda». Decir tales verdades se considera políticamente incorrecto, insensible, incluso inmoral, o al menos imprudente si se quiere ser elegido para un cargo político. El discurso políticamente correcto tiende en gran medida a que las personas no carguen con la responsabilidad de su comportamiento, al señalar las circunstancias por las que han sido desfavorecidas o incluso han fracasado:

- Si un alumno no puede seguir las clases, se debe al poco interés de los padres por la educación.
- Si los niños con condiciones de vida modestas sufren de sobrepeso como resultado de la falta de ejercicio, eso no se debe a la negligencia de sus padres, sino a la difícil situación social de la familia.
- Si los hijos en familias monoparentales experimentan dificultades pedagógicas, es responsable la sociedad, que no brinda suficiente apoyo a esas familias. Sin embargo, habría que preguntarse qué circunstancias sociales y disposiciones individuales conducen al hecho de que haya tantas familias monoparentales y cómo actuar al respecto.
- Si la tercera generación de inmigrantes turcos no habla alemán correctamente, entonces el entorno es hostil a la integración. ¿Pero por qué –se pregunta uno– no se observan esas dificultades en casi todos los demás grupos de inmigrantes?

Desde la comprensión, sociológicamente correcta, pero banal, de que en la sociedad todo está conectado con todo, se ha desarrollado una tendencia a echar la culpa a las condiciones sociales. Por lo tanto, la inclinación es a que el individuo, moralmente y en gran

medida, ni se responsabiliza de sí mismo ni de su vida. Como el mildiú [enfermedad de la vid producida por un hongo], la corrección política domina los problemas estructurales y de control de la sociedad, complicando tanto el análisis como la terapia.

Qué tormenta de indignación provoqué como senador de Finanzas de Berlín [cargo equivalente a consejero en una Autonomía española] cuando aporté pruebas detalladas de que se puede comer saludablemente y variado con la subvención de seguridad básica del Estado para comida y bebida. La obesidad como resultado de una nutrición inadecuada no se debe, pues, a una situación vital objetiva contra la que el individuo nada pueda, sino a su comportamiento individual, del que es responsable. Pero ni muchos de los afectados ni los políticamente correctos querían escuchar eso. Puedo entender que bastantes de los afectados expresaran indignación en correos electrónicos y cartas a los medios de comunicación; menos, que la supuesta buena gente cayera sobre mí cuando mencioné de refilón en una entrevista que ponerse un jersey podría ayudar a ahorrar costes de energía, ya que no sería necesario calentar tanto el ambiente.

Durante décadas no se ha podido decir nada sobre las consecuencias del descenso de la tasa de natalidad, si no se quería caer bajo la sospecha de seguir la ideología nacionalista

En el gobierno del desarrollo político, económico y social deberían confluír lo que se quiere lograr y la apreciación realista de verdaderas relaciones de causa-efecto. Todo el que reflexiona sobre la sociedad o quiere ayudar a moldearla, sin embargo, actúa implícita o explícitamente desde un contexto normativo. Con ello, si descuida o juzga mal la naturaleza humana y las verdaderas interdependencias sociológicas y psicológicas, vive y actúa en un mundo distorsionado. Los ingenieros sociales que se conducen así producen más daños que beneficios. Por desgracia, los hay. Y muchos de ellos están perjudicando nuestra sociedad y enturbiando nuestras perspectivas de futuro. De este modo, durante demasiado tiempo se ha pasado por alto que el envejecimiento y la contracción de la población alemana van de la mano con cambios cualitativos en su composición. Además de la mera disminución de la población, el continuo aumento del número de personas menos estables, menos inteligentes y menos capaces está poniendo en peligro el futuro de Alemania. Que esto es así, por qué es así y qué se puede hacer al respecto son los asuntos de este libro.

Baso mis afirmaciones en datos empíricos, pero argumento directamente y sin florituras. Trato sobre todo de ser claro y preciso, por lo que el dibujo es fuerte, no difuso ni garabateado. He renunciado a edulcorar temas aparentemente delicados, pero he tratado de ser objetivo. Los resultados son suficientemente escandalosos por sí mismos.

Desde el punto de vista económico, Alemania se encuentra en la última fase de una edad de oro que comenzó alrededor de 1950 y que poco a poco está llegando a

su fin. El ingreso real de los asalariados no ha aumentado desde hace veinte años, caerá en diez años a más tardar, y la caída será una tendencia sostenible debido a los cambios demográficos. Tales previsiones no parecen encajar con los éxitos actuales de exportación de

Desde el punto de vista económico, Alemania se encuentra en la última fase de una edad de oro que comenzó alrededor de 1950 y que poco a poco está llegando a su fin

la economía alemana, ni con la iniciativa de excelencia en las universidades alemanas ni con las muchas buenas noticias con que nos podemos alegrar cada día. Pero nada de eso sirve si consumimos las bases del crecimiento de la prosperidad futura, y es exactamente lo que estamos haciendo, cuantitativa y cualitativamente:

- Cuantitativamente, porque desde hace cuarenta y cinco años cada nueva generación ha sido alrededor de un tercio más pequeña que la anterior, mientras que la esperanza de vida aumenta al mismo tiempo.
- Cualitativamente, porque la capacidad de formación y los requisitos para la educación de los recién nacidos se deterioran continuamente, y porque parece languidecer la mentalidad que es la base de todo empuje productivo.

He ejercido de economista especializado, alto funcionario y político el tiempo suficiente como para ser el mejor defensor de todos los contraargumentos imaginables contra cada una de mis tesis. En los últimos treinta y cinco años he llenado miles de páginas con pros y contras, pautas, notas, borradores de discursos y ensayos. Mis jefes

tenían que sobrevivir, políticamente hablando, y yo estaba allí para ayudarles. Eso tenía su precio: a menudo, las verdades percibidas subjetivamente solo podían presentarse dosificadas. Una y otra vez he tenido la experiencia de que en una posición política responsable no es imposible, pero sí muy difícil y poco común, pronunciar verdades desagradables. Ciertamente hay un poso de sabiduría política cuando uno actúa concentrándose en problemas resolubles y en propuestas que pueden aunar una mayoría. Pero eso dificulta tanto un análisis claro como la terapia adecuada, y si no se tiene cuidado, el cerebro se ofuscará hasta el punto de perder la capacidad de juicio. Es lo que ocurre a todos los políticos en puestos altos; lamentablemente, muchos miran para otro lado, cuando hay una gran necesidad social de decir la verdad sin adornos. Quien la dice, sin embargo, vive en política de forma peligrosa y fácilmente se convierte en víctima del poder mediático ejercido por los políticamente correctos.

De mis treinta y nueve años de vida profesional, he trabajado siete años como político activo en una ciudad con competencias autonómicas (Berlín), seis años como secretario de Estado en un *Land* de Alemania occidental y dieciséis años en una amplia variedad de funciones en diversos niveles de la burocracia ministerial de Bonn. Fue solo hacia el final de mi mandato como senador de Finanzas en Berlín, después de haber ganado cierta reputación como buen administrador, cuando me atreví a manifestar enfoques, aquí y allá, más abiertos, fuera del ámbito estricto de Hacienda, por ejemplo, sobre el tema de Hartz IV (prestación al desempleo para los parados de larga dura-

ción) o sobre medidas de ahorro de energía. A pesar de toda mi experiencia, me ha sorprendido mucho la respuesta que se desencadena cuando una persona de la vida pública habla de asuntos sociales básicos yendo al grano, de una manera concisa y clara. Y me sorprendió la avalancha de correos electrónicos llenos de odio que recibí tan pronto como demostré –casos concretos de la nutrición saludable con los ingresos de Hartz IV, y del empleo del jersey para ahorrar energía– que la responsabilidad personal y la autodeterminación son posibles y, sobre todo, necesarias. Pero parece que es cada vez mayor el grupo de los que quieren decir adiós a la responsabilidad propia y de su propia vida. Esta particularidad no está restringida de ninguna manera a ciertas rentas o clases sociales, y de ninguna manera es nueva. En retrospectiva, puede apreciarse una tendencia que se ha desarrollado continuamente desde la década de 1950. >>■

Texto de Thilo Sarrazin, extracto de *Deutschland schafft sich ab. Wie wir unser Land aufs Spiel setzen*, Deutsche Verlags-Anstalt, Múnich, 2010, 465 páginas («Alemania se autodestruye. Cómo nos estamos jugando nuestro país»). El texto que ofrecemos está tomado de las pp. 7-13. Hay traducción del libro al francés y al inglés, entre otros; pero no al español.

Traducción del alemán de José Manuel Grau Navarro.

Un pensador «explosivo» y a contracorriente

«Alemania se autodestruye» es perturbador por varias razones. La más sobresaliente se relaciona con la demografía. Thilo Sarrazin cita que las mujeres alemanas (autóctonas) apenas dan a luz, si es que dan, mientras que las musulmanas proporcionan familias numerosas. Como la tendencia se sostiene ya desde los años sesenta, el poder real alemán baja aceleradamente. Sarrazin subraya que no defiende la eugenesia ni se considera racista. Lo que propone son políticas para promocionar el índice de fertilidad entre las mujeres «más inteligentes». Porque si las «menos inteligentes» (las musulmanas) tienen más hijos que las «más inteligentes» (las alemanas), *Deutschland* seguirá decayendo. Alemania ya habría ido considerablemente a menos por este y dos motivos más: los gastos sociales del Estado y la pérdida de la calidad de enseñanza. Se estaría «autodestruyendo», con sus 16 millones de inmigrantes, de los cuales unos cuatro millones son de origen islámico.

«Mujeres alemanas inteligentes». «Musulmanas no tanto». Afirmaciones así han provocado que muchos señalen a Sarrazin como un nazi. Él se defiende: la inteligencia es una cualidad del ser humano con un componente hereditario muy fuerte. «La ciencia coincide en que la inteligencia medible, entre el 50 y el 80 por ciento, se transmite de padres a hijos». Cuando se le reprocha que parece echar de menos a Hitler, responde: «Menuda bobada. Las pruebas de inteligencia fueron prohibidas por los nazis porque sus resultados refutaban el mito de la superioridad de la raza germánica». Se recurre con gran facilidad y sin argumentos, añade, al insulto personal asociando a quien sea con la simpatía por el nacionalsocialismo.

Sarrazin ha insistido en el carácter científico de sus afirmaciones. «Ningún investigador trabaja sin hipótesis, la investigación ha de tener una dirección. Soy una persona orientada a los números. No he construido mi opinión sobre los turcos [...] paseando por aquí y exclamando: “Vaya, otro hiyab (velo islámico) y otro cochecito con un bebé”. Estudio las estadísticas [...]. He tenido que reflexionar sobre cómo financiamos realmente todo esto».



De izquierda a derecha, *Alemania se autodestruye* («Alemania se abole a sí misma»), *La conquista del enemigo* («Toma enemiga») y *El Estado, al límite* («El Estado en su límite»). Los libros no están traducidos al español. Entre paréntesis, la traducción literal del alemán.

Ante la sospecha de que haya difamado y herido a los musulmanes, contesta que no lo entiende. «En mi libro especifico y diferencio por todas partes. Cuando sostengo que muchos de los inmigrantes turcos abandonan la escuela y son pocos los que terminan el bachillerato, no discrimino. La enunciación de hechos, como tales hechos, no debería herir a nadie». (Las citas textuales hasta aquí son de una larga conversación suya con el diario *Die Welt*, 29-08-2010.)

Lo que se relata en «Alemania se autodestruye» no ha sido Sarrazin el primero en tratarlo, evidentemente. Pero sus formulaciones sí son novedosas, precisas y concienzudamente respaldadas. Sarrazin es, además, intransigente en la condena de la ideología islamista, como la holandesa (de origen somalí) Ayaan Hirsi. Algunos musulmanes –observan–, o si se quiere la mayoría de los musulmanes, no tienen por qué defender ni el terrorismo ni la caída de Occidente. Pero tan islamistas son los que defienden el terrorismo y la caída de Occidente como los que no, porque la doctrina musulmana permite, incluso estimula, la versión bélica y en todo caso el sometimiento de la mujer.

Sarrazin ha formulado en voz alta lo que pensaban muchos pero no se atrevían a decirlo, por el predominio de lo políticamente correctos. Tras una larga batalla legal, el Partido Socialista de Alemania (SPD), al que pertenecía Sarrazin, lo ha expulsado. No solo el SPD, la clase dirigente al completo ha puesto el grito en el cielo con ocasión de «Alemania se autodestruye». La canciller, Angela Merkel, en más de una ocasión ha declarado que el islam es «parte de Alemania». / **JOSÉ MANUEL GRAU NAVARRO**